

«¡Aquí está el poeta!—exclama Valbuena.—Aquí le tenemos adelantándose á su edad y sintetizando en cuatro versos *esculturales de grandiosa expresión* los pecados y los castigos de una época desgraciada que aún no había llegado.» ¡Qué escultura ni qué época! No hay tal escultura, y la época en que unos se emborrachan y otros se mueren de hambre, ya era vieja cuando nació Zorrilla!

El librito del Sr. Valbuena es una biografía sosa, sin color, desgarbada, sin asomos de espíritu crítico, sin elegancia de lenguaje ni brillantez de estilo. Todo respira la pasión del periodista reaccionario que detesta á los liberales y que sólo halla buenos á los de su bando. Valbuena dice claramente que para él Zorrilla «es un gran poeta porque es muy buen cristiano» y porque ha cantado las tradiciones de España. Lo que equivale á recomendarnos á un zapatero porque hace buenos sombreros! Su principal empeño es demostrarnos que Zorrilla es español,—lo que juro,—que es buen católico—lo que dudo,—que es buen hijo,—lo que niego, porque Zorrilla mismo lo ha negado,—y que hizo los versos á Larra sin sentirlos—lo que creo. Llega hasta celebrarle que, en desagravio de aquellos versos á un suicida, dijera más tarde esta impiedad y esta mentira:

«Broté como una yerba corrompida  
Al borde de la tumba de un *malvado!*»

No, Sr. Valbuena, un escultor no es grande porque haga santos de madera: un escultor es bueno si buenas son sus esculturas. Zorrilla no es grande porque haya escrito versos devotos, sino porque entre sus poesías devotas ó profanas, hay algunas muy bellas. Y tampoco es verdad que Zorrilla, como Ud. dice, sea inconcusamente «el primer poeta de este siglo»—por donde se ve que ha leído Ud. á muy pocos poetas.

En suma, Ud. sabe mucho español; pero no es crítico. Eso sí! ¡Tampoco yo!.....



«RIPIOS ACADEMICOS.»

I.

Si un nuevo libro de D. Antonio de Valbuena no es un acontecimiento—porque hay quien llama *acontecimientos* á los sucesos dignos de memoria perdurable,—sí es, cuando menos, un escándalo literario. Hablemos, pues, de la última obra de este anti-académico, anti-aristocrático y anti-caritativo periodista clerical, célebre en España, y en la América ex-española mucho más que en España, por su perfecto conocimiento del idioma castellano, por su travieso ingenio, por su odio incurable á la Academia de la Lengua y por el aplomo y desparpajo con que planta frescas al lucero del alba: hablemos de los «Ripios Académicos.»

Como prólogo, y para curarme en salud, diré al Sr. de Valbuena que no entiendo ni quiero entender cosa de gramática. Hablo así . . . como me enseñaron . . . y escribo como hablo. De modo que si encuentra en este artículo malas construcciones y peores galicismos, no le cause extrañeza tal hallazgo: es natural, muy natural que así suceda.

Persisto en criticar á este ameno, jovial y burdo crítico, porque echo de ver que en México tiene adeptos á porrillos; que le imitan los jóvenes, más dispuestos siempre á señalar los defectos ajenos que á mostrar y lucir las excelencias propias; que cautiva el garbo desdenoso con que trata á los próceres de la literatura española, y que es muy celebrado y aplaudido por todos los estudiantes aprovechados de gramática.

Los imitadores, en México, y creo que en todas partes, son calamidades públicas. Hemos tenido imitadores de Zorrilla, imitadores de Espronceda, imitadores de Selgas, imitadores de Becquer, imitadores de Velarde y Grillo (que es cuanto hay que decir), imitadores, en décimas, de López García, imitadores, ¡líbranos Señor!, de Emilio Castelar . . . . hemos tenido, en suma, incontables intervenciones extranjerías, á cual más perniciosa. Protestemos á tiempo contra esta nueva dominación española que nos impone en la crítica literaria D. Antonio de Valbuena.

El Sr. de Valbuena tiene dos bondades: dos nada más. ¡Ni tres, ni una, porque lo que se llama bondad en singular le es desconocido! Primera: conoce y escribe correctamente el castellano. Segunda: tiene gracia. Es un seminarista que ha de haber obtenido muy buena calificación en el examen de gramática española; y es un gacetero de retozón y puntiagudo ingenio. Es, además, carlista; pero esta no es bondad ni tampoco es defecto que podamos reprocharle: así nació y de eso vive.

Lo que no puede ser D. Antonio de Valbuena, aunque lo juren todos los guerrilleros de la prensa, es crítico. Será un celoso y avisado corrector de pruebas literario, muy capaz de poner las comas en donde hagan falta, y de suplir con buen juicio, alguna palabra que, por descuido del autor, haya quedado fuera de la oración, dejándola imperfecta; pero no tiene alcances, ni estudios, ni vocación para ser crítico. Amén de todo lo dicho, es apasionado, vehemente, procaz, y está pervertido por la política y por el periodismo. El tiene sus dogmas particulares, como éste, por ejemplo: los liberales nunca tienen talento y los conservadores liberales mucho menos. Y eso de «fuera del carlismo no hay literatura,» es mucho cuento.

Cuando trata, *verbi gratia*, de Cánovas, trae á colación Valbuena lo de que ha sido mal ministro y tráfuga y acomodaticio, etc., pecados que tendrá ó no el Sr. de Cánovas, pero que no tienen voz ni voto en un juicio literario. Culpa á Valera de ser complaciente y hasta adulón con los herejes; echa en cara á Menéndez Pelayo sus amistades con los liberales; y todo ello estará dicho con donosura y gracia, será muy propio del polemista que intenta herir á su enemigo; pero no tiene pizca de crítica literaria. Es gacetilla, es grosería, es lo que se quiera; pero crítica no.

El procedimiento empleado por D. Antonio de Valbuena para juzgar á los poetas españoles, es meramente político y gramatical.

Es el más fácil de los procedimientos. Con algo de gramática y mucha mala voluntad, cualquiera puede emplearlo. Si tiene ingenio y travesura, hará reír, como hace reír el autor de los «Ripios Académicos.» Y si no posee travesura ni ingenio, dará sueño á los que tengan la increíble paciencia de leerlo.

Pone Menéndez Pelayo por epígrafe á una de sus poesías aquella hermosa frase de Menandro: *¡Joven sucumbe el que es amado por los dioses!* Y Don Antonio de Valbuena exclama: «En esto demuestra Marcelino sus *ridículas* aficiones paganas. Porque, á no tenerlas, habría escogido un texto cristiano que expresa el mismo pensamiento mucho más poéticamente, aquel hermoso versículo del libro de la Sabiduría, etc.»

¿Esto es crítica seria? ¿Están obligados todos los poetas á inspirarse en la Biblia? ¿Nada es bello en la poesía de los gentiles?

La sentencia de Menandro es mucho más sobria, mucho más elegante, mucho más elocuente que la citada por Valbuena; pero, aunque tal no fuera, ¿qué delito hay en citar á Menandro dejando en olvido el libro de la *Sabiduría*? Yo le diría al Sr. Valbuena: ¿y por qué la *Sabiduría*? ¿Por qué no los *Salmos*? ¿Por qué no el *Eclesiastés*? ¿Por qué no el *Génesis*?

En las censuras de esta ralea aparece el partidario, aparece el cristiano rancio, pero, ni de lejos, aparece el literato.

Veamos al gramático. Cuando procede de buena fe—lo que no acontece siempre,—hace Valbuena muy atinadas críticas gramaticales.—Esa construcción está mala.—Esta palabra no es castiza.—Perfectamente! Pero un poeta, Sr. Valbuena, todos los poetas, mejor dicho, sin excluir á Homero, sin poner en salvo á Virgilio, todos los poetas y todos los escritores, desde Cervantes hasta Ud., tienen en sus obras descuidos innumerables.

Sin saber, ni con mucho, tanto como Ud., me comprometo á señalarle en el *Quijote*, y á centenares, no á decenas, los defectos gramaticales. Pero ¿diré por esto que Cervantes no sabía su idioma? ¡El idioma de Cervantes . . . .! Y Ud., cuando halla alguna incorrección, algún descuido ó desaliño en Menéndez Pelayo ó en Valera, no tiene inconveniente en afirmar con certeza absoluta que ni Valera ni Menéndez saben ni pueden escribir en castellano.

Como buen *neo*, Sr. Valbuena, Ud. quiere componer la Academia de Papas infalibles. Mas, para los católicos, sólo hay un infalible, y eso porque Dios quiere. ¿Cómo ha de haber en la Academia de la

Lengua treinta y tantos infalibles legos, sólo por darle gusto á vuestra señoría? Que se equivocan los académicos? Sí; muy á menudo. ¿Que algunos hacen versos pésimos? De acuerdo. Pero si Ud. extrema por tal modo su teoría, va á resultar que, en su opinión, la Academia ha de componerse, exclusivamente de gramáticos infalibles é impecables, y de poetas de primera magnitud.

Voy ahora, y por principio de cuentas, á examinar si tiene Ud. razón al afirmar que Menéndez Pelayo y que Valera son poetas detestables. Dilucidado este primer punto, veremos si Ud. es crítico.

## II.

Ya escritos mis artículos anteriores he leído los dos que lleva publicados Leopoldo Alas en el *Madrid Cómico*, respecto al libro de Valbuena, y como coincidimos en juicios, como sostenemos idénticos principios, él con talento y yo sin él, me parece que huelga este tercero, y si lo escribo es solamente por cumplir mi promesa. También *Clarín*—¡y cómo no!—sale brioso á la defensa de Valera y de Menéndez Pelayo, de Echegaray y Núñez de Arce! Admira mucho más que yo á D. Antonio de Valbuena; es muy su amigo; pero más amigo es aún de la verdad. Y como lo que él dice en Madrid es lo que yo había dicho al propio tiempo en México, me aparto respetuoso para dejar la acera á mi mayor en edad, saber y gobierno, regocijándome de esta comunidad de pareceres, en sumo grado honrosa para mí, y sintiendo á la vez que me desarme, quitándome la pluma de la mano. Ganan los defendidos y pierde este oficioso é indocto defensor, aquende el mar.

No insistiré, pues, en realzar los méritos de Pelayo y de Valera. Ya dejo dicho, á grandes trazos, en lo que radican para mí. Ni D. Juan ni D. Marcelino son poetas entusiastas; ni sienten intensamente esas pasiones ardorosas que llevan como calor y vida al verso, ni conmueven como Espronceda; ni poseen el ingenio de Campoamor; ni los recursos musicales de Zorrilla. Pero estos mismos defectos constituyen sus excelencias, no como poetas propiamente dichos, sino como maestros ó educadores de poetas. ¿Qué no hay belleza en las poesías de Menéndez. . .? ¡Con una sólo de las muchísimas que se encuentran en su libro haría una familia de bellezas cualquier poeta más atrevido, más elocuente, menos devoto de

la antigua sobriedad! Se ve la hermosa línea griega en muchos de esos versos; sólo que para admirarla es necesario haber aprendido á disfrutar de esa hermosura. Si ponéis delante de un profano la Venus de Milo, y alguna Venus de cualquier gran estatuario moderno, gustará más de ésta; porque la ve más desnuda, si se permite la expresión; porque le parece más mujer: porque *la ve* mejor, en suma, mientras que á la otra *no la ve* ni sabe en qué consiste su belleza.

Cansaría y me cansaría espigando en el libro de Menéndez. ¡Qué augusta serenidad en algunas imágenes! ¡Qué blancura de níveo mármol en algunas frases! Cómo se echa de ver que para producir esas delicias, que no entran por el oído ni por la vista, al alma, sino que derechamente van á ella, es preciso haber estado en muy estrecho comercio intelectual con los grandes maestros de la forma.

A otros poetas les *salen* bien, admirablemente, algunos versos; á Menéndez no le *sale* ninguno. El los hace, los labra. Y aun barrunto que podría ser poeta de mayores y más osados vuelos, con sólo olvidar, no dolores, no desengaños, sino ciencia. Por lo mismo que anhela realizar una belleza superior y por lo mismo que sabe, como pocos, de qué manera supieron otros realizarla, encuéntrase cohibido y entabado. Ya puede—póngase por caso,—decir algo muy bello; mas columbra que aun lo podría decir más lindamente. . . . y no lo dice. Se acerca temblando al altar de la poesía. No sube su escalinata como conquistador, sino como creyente y humilde sacerdote.

Valera es más despreocupado y, á mi modo de ver, menos poeta. El ha hecho más poesías para salir del paso, y, como sabe que tiene gran talento en prosa, no se empeña en tenerlo en verso. No cree que es poeta; porque D. Juan no ha de creer nada. Le piden un soneto y lo da, porque es muy complaciente. Y le piden un elogio. . . . y sucede lo mismo. Pero si Valera, por capricho, quisiera demostrar (en prosa por supuesto) que es un gran poeta, no se lo creeríamos; pero lo demostraría.

Pero D. Juan, que no necesita ser poeta para entrar á la gloria, así como tampoco ha de ganar el cielo con decir que es muy católico, ha sido muy útil á la poesía española. . . . como agente de colonización. . . . ó, si se quiere, como introductor de embajadores. Ora introduce á Valmiki; ora á Goëthe; hoy á Shakespeare; mañana, á Lessing; y así van sabiendo los poetas de la península que no sólo hay moros y cristianos, flores y espinas, en la literatura.

Menéndez Pelayo y Valera no son cantores como Núñez de Arce; ni cantantes como Velarde: son maestros de canto.

Supongo que entre este juicio y el que publique Leopoldo Alas en su tercer artículo, no habrá ninguna discrepancia substancial. Y omito hablar de Núñez de Arce y de Echegaray, primero, porque ya *Clarín* los defendió; y segundo, porque ellos mismos se defiendan. Cuando Valbuena dice de ellos que no son poetas, le pasa á él mismo lo que á Valera cuando muy serio afirma que tal ó cual mamarracho tiene muchísimo talento: que ninguno se lo cree. Unos dan y otros quitan. Unos son pródigos y otros son ladrones.

Sí, sospecho que no hemos de ir tan de acuerdo *Clarín* y yo en la apreciación del talento de Valbuena como crítico. Puede ser que en el fondo sí nademos juntos; pero no en la superficie. *Clarín* confiesa que Valbuena hace de él (de *Clarín*), buenas ausencias. De modo que, por cortesía, no puede ser Leopoldo Alas imparcial.

¿Que pesa el talento de Valbuena. . . . ? ¡Sí que pesa! ¿Que es grande. . . . ? ¡Sí que es grande! ¿Que conoce ese autor el castellano por el derecho y el revés. . . . ? ¡Sí que lo conoce! ¿Que es un buen crítico. . . . ? ¡Eso sí que no!

¿En qué obra de este ingenio se revela que conozca, ya no digo modernas literaturas, que le son extrañas por completo, pero sí antiguas ó clásicas? Aparte de la española, que conoce como gramático, y nada más como gramático, es decir, por de fuera, nada entiende de las otras. Le parece malo el *Oaristys* de Teócrito, y con esto queda dicho todo. Y no se diga que es porque no sabe griego — que esta ignorancia, al cabo y al fin, no es un pecado, — sino porque no puede saberlo, aunque se desviva. Valbuena es refractario á la belleza. Es como esos hurones á quienes no les gustan las mujeres bonitas. Jamás admitirá que algo puede ser sublime sin ser correcto. Su criterio estrechísimo está limitado por dos murallas chinas. Una: el carlismo. Otra: la gramática. Y por las otras dos fronteras de ese criterio, no entra nadie.

*Clarín* conoce un millón de veces mejor que yo á los verdaderos críticos: ¿en qué se les parece D. Antonio de Valbuena? ¿Crea, acaso, al criticar, como Saint Beuve? ¿Es psicólogo como Taine? ¿Es artista como Saint Víctor? ¿Demuele como Zola? ¿Estudia el medio en que una inteligencia ha crecido, y el temperamento y el desarrollo ancestral del pensador, del literato ó del poeta á quien critica?

Valbuena es en la crítica el gendarme que se lleva al ratero, ó

mejor dicho, el juez que entiende, no de procesos serios, sino de infracciones de policía.

Su tarea es la más fácil: señalar las fealdades de los versos que nacen feos de encargo y descubrir los defectos de los versos buenos; decir que no hay agua en una pila seca; y que sale turbia la agua de las fuentes de mármol, cuando sale turbia. Para esto, no se requiere ser crítico: lo que se necesita es no ser ciego. ¿Cree *Clarín* que no teniendo mucho talento es imposible demostrar que Cánovas del Castillo no es poeta?

¡Pescar ripios en la poesía española. . . . ! ¡No hay empresa más llana! ¡Toda la hermosísima poesía de Zorrilla es una sarta armónica, una sinfonía de ripios! Calderón de la Barca hacía sus admirables edificios dramáticos, poniendo andamiajes de ripios para que subieran por él los versos que habían de construirlos. Y precisamente porque en ninguna poesía, como en la española, como en la italiana y como en la portuguesa entra, por tanto, el elemento musical, es facilísima la tarea de encontrar en ellas ripios. Y ni tales ripios son. Esta *luz* es un *do*; esta *flor* es un *la*; y este *sol* es un *si*.

Cuando Valbuena es gramático, á menudo es bueno. Cuando intenta ser crítico, siempre es malo. Tiene gracia; pero mucha menos que *Clarín*, *Clarín* tiene otra gracia por añadidura: la de haber leído y estudiado mucho.

Y en este punto, como en otros muchos, creo también que *Clarín* y yo estaremos de acuerdo. . . . sin modestia.

### III.

La decadencia actual de la poesía lírico-española es innegable, y así lo reconocen y confiesan todos los críticos serios de la Península. La ingeniosa frase de Leopoldo Alas: «tenemos dos poetas y medio, Campoamor, Núñez de Arce y Manuel del Palacio,» me parecería exacta si no estuviera redactada así, sino en esta forma: tenemos dos poetas, pocos medios poetas y muchos centavos de poetas.

Ahora bien, entiendo que esta decadencia de la poesía lírico-española depende, por decirlo así, de falta de cruzamiento. La aversión á lo extranjero y á todo el que no sea cristiano rancio, siempre ha sido maléfica para España: dígallo, si no, la expulsión de los judíos. Es falso que el sol no se pone jamás en los dominios de nuestra an-

tigua metrópoli: el sol sale y se pone en muchos países, y es conveniente procurar ver todo lo que alumbra. Conserve cada raza su carácter substancial; pero no se aisle de las otras, ni las rechace, so pena de agotarse y morir. El libre cambio es bueno en el comercio intelectual y tiene sobre el libre cambio mercantil la ventaja de que podemos establecerlo hasta con pueblos y naciones que no existen ya.

Mientras más prosa y poesía alemana, francesa, inglesa, italiana, rusa, norte y sud-americana, etc., importe la literatura española, más producirá, y de más ricos y más cuantiosos productos será su exportación. Parece que reniega la literatura de que yo le aplique estos plebeyos términos de comercio; pero no hallo otros que traduzcan tan bien mi pensamiento.

No puede negarse que en España hay mejores novelistas que poetas líricos. ¿Y á qué se debe esta disparidad? Pues á que esos novelistas han leído á Balzac, á Flaubert, á Stendhal, á George Elliot, á Thackeray, á Bret Harti á Salvatore Farina, á Tolstoi, á muchos otros, y este roce con otros temperamentos literarios, con otras literaturas, ha sido provechoso para ellos. Entre los buenos novelistas de allá, Pereda es, á mi juicio, el más genuinamente español, el más espontáneo, el más de la tierra; pero, á pesar de ello, sus procedimientos y métodos de observación revelan que conoce á autores clásicos antiguos y modernos.

El renacimiento de la novela en España ha coincidido y debía coincidir con la abundancia de traducciones publicadas. Leen hoy los españoles mucho Zola, mucho Daudet, mucho Bourget, mucho Goncourt, mucho Feuillet; y por lo mismo, los rumbos de la novela han cambiado para los novelistas castizos. En una palabra: la novela española ha viajado y ha aprendido bastante en sus viajes.

No pasa lo mismo con la poesía lírica. Los poetas del siglo de oro fueron muy buenos, entre otras cosas porque habían cursado humanidades con muchísimo provecho; porque se sabían de coro á Horacio, á Virgilio, á Ovidio, á los grandes modelos. Quevedo era tan erudito como gracioso. Fray Luis de León traducía sus pensamientos del latín para vaciarlos en la turquesa de su idioma propio. Latinos é italianos fueron los maestros de todos los grandes poetas de aquel tiempo.

Hoy ha caído en desuso el estudio extenso de las llamadas lenguas muertas y de las literaturas antiguas, y tampoco leen mucho los poetas españoles á los buenos poetas de otras tierras. En las Américas la-

tinias pecan mucho de exceso de imitación, particularmente los que imitan al inimitable, ó mejor dicho, lo inimitable: Víctor Hugo. En España perdería su tiempo el que anduviera buscando, con linterna ó sin ella, poetas en quienes aliente el alma de Musset, ó que rindan culto al ideal de Leconte de Lisle, al de Gautier, al de Sully Prudhomme; ó que revelen haber leído á Leopardi. La influencia de Heine, que es una corriente literaria tan visible como visible es el *gulf-stream*, apenas se echa de ver en la poesía española; á pesar de que Becquer la sintió y de que Becquer tuvo muchos y muy malos imitadores. Sólo en Campoamor hay Heine. La poesía tétrica de Edgard Poe, que ha avasallado á tantos poetas europeos, no dejó rastros en los castellanos. Y tampoco tiene hoy por hoy España un poeta popular, genuino, propio, de la fuerza de Ruiz Aguilera ó de Zorrilla, porque Ruiz Aguilera sentía con el pueblo español de ahora y Zorrilla con el pueblo español de ha doscientos años.

Unos imitan por allá á Campoamor, á Núñez de Arce, á Zorrilla; otros á Espronceda; algunos á Quintana: los que aspiran á ser llamados clásicos, imitan al maestro León, á Argensola, á Rioja; y muchos imitan, sin saberlo, á Calderón y á Lope, cuyos versos no han leído pero cuya facundia les ha enamorado al encontrarla, de reflejo, en otros vates. Por manera que la imitación de los buenos modelos latinos fué decayendo en España, hasta quedarse como aletargada desde el comienzo de este siglo. Ya Meléndez era el vino de Samos convertido en agua con grosella. La imitación de los clásicos propios no está en moda, ni puede estarlo, en cuanto atañe á lo esencial de la poesía, por lo mismo que no está en moda andar vestido de chupa ni con sombrero de tres picos. Y como tampoco se adapta á la índole de la poesía española el espíritu y la forma de poesías extrañas, resulta aquella insípida y descolorida. No es antigua ni es moderna.

Los únicos poetas que sobresalen, conocen literaturas extranjeras. En Campoamor, que á pesar de sus plagios es el poeta más original y sugestivo de su tierra, se nota mucha lectura de poesías alemanas, inglesas y francesas. En Núñez de Arce, aparte de su amor instintivo á la forma helénica y de su estudio de los clásicos hispanos, hay verdadero conocimiento de los modernos ideales y de los nuevos procedimientos poéticos. Sus poemas (que son muy suyos), están fundidos en donde fundieron los suyos Tennysson, Carducci, y los poetas franceses de más alto vuelo.

No quiero que imiten los poetas españoles; pero sí quiero que co-

nozcan modelos extranjeros; que adapten al castizo estilos ajenos; que revivan viejas bellezas, siempre jóvenes; en resumen, que su poesía se vigorice por el cruzamiento.

Y á esto han contribuído muchísimo Menéndez Pelayo y Valera. No son poetas sugestivos; no se dejan arrebatarse por el ímpetu propio, lo que demuestra la escasa energía de éste; pero reflejan á maravilla hermosuras de otros parnasos. Unos poetas, como Homero, son discípulos del mar; otros, como Virgilio, de los bosques y los campos; los poetas bíblicos se inspiran en la fe religiosa; y así van bebiendo los demás en varias fuentes; en el sentimiento, en la imaginación, en el amor patrio, en la voluptuosidad, en las tradiciones. . . . Menéndez Pelayo es un discípulo de los grandes poetas antiguos. Recita pensamientos de ellos en irreprochable forma española. En Grecia está la patria de sus ideas. ¿Que no es poeta de hoy? Convenido. Su mismo amor al arte lo detiene y le pone trabas; su odio á todo lo vulgar, le obliga á ser parsimonioso en la producción poética: es poeta de hace muchos siglos, que nació hace poco.

Valera es menos helénico; le gustan más que á Menéndez las literaturas exóticas; tiene buen paladar para gustar de las modernas y novísimas; y ambas, presentando, en buen español, dechados de belleza recogidos en sus viajes intelectuales, corrigen la poesía patria de esa hinchazón, de esa superabundancia, de esa excesiva espontaneidad y de esa suficiencia que la pierden. Porque son menos músicos que los demás, curan una literatura enferma de melomanía. Porque reviven á los muertos inmortales y hospedan á los próceres modernos, son útiles á una poesía que tiene cerradas todas sus puertas y que ya no lleva flores á la tumba de los clásicos.

Todos estos merecimientos y otros muchos más se le escapan á D. Antonio de Valbuena, y por eso dije que no es crítico; mas la demostración de semejante dicho ya no me cabe en este artículo.



EL DR. PEREDO.

El anterior domingo hablaba yo de una obra y de un poeta que marcan cierto breve y entusiasta período de la vida literaria en México. Hoy, desdichadamente tengo que hablar de un conocido escritor que murió anteayer y que era también representante de otra época, acaso la más próspera de las letras mexicanas: D. Manuel Peredo.

Si tuviera tiempo iría á conversar con Pancho Sosa, allá en su archivo de Fomento, y él, que sabe todo, él, que recoge con religioso escrúpulo todos los datos y noticias que redundan en honra de México; él, que ni de vista conoce la envidia y ha procurado hacer las biografías de todos los literatos prominentes de nuestra patria y dar á conocer á éstos en el extranjero, daríame bondadosamente avisos fidedignos y oportunos respecto á la vida y á las obras del Dr. Peredo. Por desventura, el periodista nunca tiene más tiempo disponible que el *Tiempo* de papel; y no he enriquecido aún mi pobre biblioteca con los *Contemporáneos* de Sosa, libro que, probablemente, ha de contener la biografía del pulcro literato y buen amigo á quien todos, por cariño, llamábamos Peredito. Hablaré, pues, de oídas, ó, mejor dicho, de lecturas y recuerdos.

Ahora lamento más haber prestado, y por consiguiente perdido, tantos libros: *La Semana Literaria*, el *Renacimiento*, el *Domingo*. . . En esos tomos corren dispersos los artículos y las poesías de Peredo; porque no sé que ni de prosa ni de verso haya dejado, en vo-